Animalia

SYLVIA MOLLOY

Animalia

Sylvia Molloy

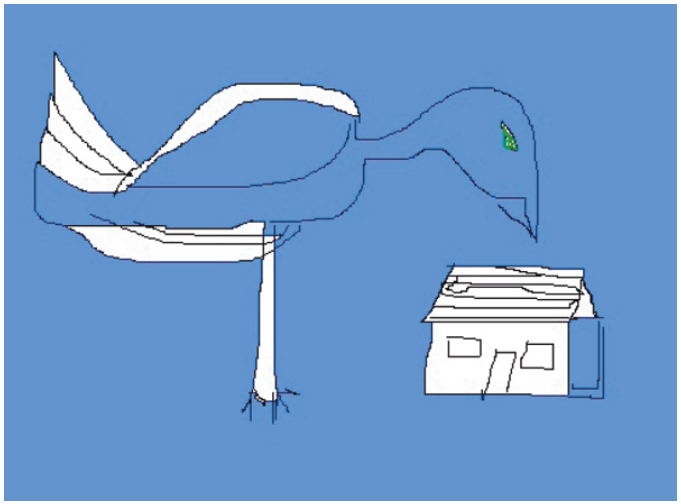
Me llevó mucho tiempo, y el paso por dos países que no eran el mío, para darme cuenta de que para ser uno mismo es siempre mejor estar con otro, sobre todo si el otro pertenece a una especie distinta, es decir, si es totalmente no uno.

El deseo frustrado de tener una mascota suele ser una situación recurrente en los recuerdos de infancia. El caso de la narradora de estos relatos no es la excepción. En alianza con su hermana, no perdían oportunidad para reclamar la compañía de cualquier ser que fuera de otra especie, pero la respuesta materna era siempre negativa.

La imposibilidad suele ser un disparador del ingenio y así esta niña compartió su niñez con animales literarios, insectos y hasta crio gusanos de seda.

El tiempo de la revancha no tardó en llegar. Si bien en cuanto se mudó de la casa de sus padres la protagonista prefirió ser ella sola, enseguida pasó a vivir con otros seres, en especial felinos, abriéndose así una etapa de convivencia animal inagotable. Durante una época los nombró con nombres de cantantes; luego, con nombres o sobrenombres de mujeres de presidentes muertos.

Sylvia Molloy se detiene en las zonas más entrañables del vínculo que mantenemos con los animales, tantas veces imperceptible bajo la niebla de la rutina, y escribe un catálogo luminoso de breves relatos inolvidables, siempre en buena compañía.



Sin título, Sylvia Molloy.

Animalia

Sylvia Molloy

ETERNA CADENCIA EDITORA

Para Geiger

Terú, terú

Pese a la buena disposición paterna, en mi casa de chicas no se nos permitía tener animales. Durante años mi hermana y yo, sintiéndonos despojadas (todas nuestras compañeras de colegio tenían mascotas), reclamamos algo, preferiblemente un perro con quien jugar, y la respuesta era siempre la misma, ustedes jugarán con él pero yo voy a tener que ocuparme de cuidarlo y no estoy para esos trotes. El único animal que era permitido por el momento era el tero o mejor dicho muchos teros, ya que cuando moría o desaparecía el que teníamos siempre era reemplazado por otro. A mi hermana y a mí el tero, literalmente, no nos decía nada, pero mi madre, tan reacia a mostrar cualquier sentimiento que pudiera inspirarle un animal, salía al jardín con un puñado de carne picada clamando suavemente "Terú, terú" y el pájaro se acercaba con entusiasmo a comer los pedacitos que le tiraba. Allí concluía todo intercambio de mi madre con el tero, salvo cada tanto el momento, brutal, en que lo apresaba y le podaba una de las alas para que no fuera a juntarse con las bandadas de teros que cada tanto pasaban volando y cuyos graznidos escuchaba yo desde mi cuarto. Lo están llamando, pensaba yo, y no puede irse con ellos.

Hasta que un día desapareció, no supimos cómo. Quizás lo cazó uno de los tantos gatos sin dueño que atravesaban el fondo del jardín. Pero prefiero creer que mi madre se olvidó

de cortarle el ala y por fin el tero consiguió escaparse.

Orden en el mundo animal

Viví una infancia desprovista de animales, salvo los que aparecían en los libros. Digo mal: hubo sí un primer contacto real pero no caía del todo bien en mi casa, quizás por eso subsiste muy vagamente en mi memoria. Me gustaba jugar con insectos, más precisamente los llamados bichos cascarudos o bichos toritos o –acaso más amenazador pero útil por lo descriptivo– escarabajos rinoceronte. Los recogía en el jardín de la casa vieja donde vivíamos, los ponía en fila, ordenándolos por tamaño, les cantaba una marcha de mi invención, los retaba si se salían de la fila, les acariciaba el cuernito, y así sucesivamente hasta que mis padres me dijeron que ya basta, que los bichos eran asquerosos y que jugara con mis juguetes que para eso los tenía. De ahí en adelante, mi contacto con animales se volvió literario –los cuentos que me contaban, los libros que luego aprendí a leer– hasta mucho más tarde.

De regimentar cascarudos pasé a jugar a las bolitas, a las que también ponía en fila y las hacía marchar. Eran menos desobedientes y nadie me decía que eran asquerosas. Carecían, eso sí, de iniciativa.

No volví a tener contacto físico con animales hasta mucho más tarde.

Transacciones

Era compañera mía de clase, había tenido polio y rengueaba. Acaso por eso –porque era distinta– no tenía muchas amigas. Se las ingenió sin embargo para que su presencia en el colegio fuera, si no indispensable, muy requerida.

En el fondo de su casa, nos enteramos, había una vieja morera en la que vivían centenares de gusanos de seda, adictos a sus hojas. Ella se dedicó a criarlos, a reproducirlos y luego, muy hábilmente, a venderlos en el colegio. Mujer de negocios, intuyó con certeza la sed de lo exótico que habitaba en sus compañeras, las mismas que –porque no podía no saberlo– se burlaban de su manera de caminar: despertó en ellas la necesidad de adquirirlos como mascotas.

No vendía menos de tres gusanos, explicándonos que tenían que ser por lo menos tres porque no les gustaba la soledad. Nos indicaba la mejor manera de criarlos: una caja de zapatos, descubierta, con un cuadrado de tela metálica encima y papel picado mezclado con hojas en el fondo. No ponerles agua, simplemente tener las hojas de la morera (y nos explicaba cuántas había que poner por gusano) bien húmedas, cubrirlas de gotas cada tanto. Al comprar los gusanos incluía unas cuantas hojas para el comienzo. Luego teníamos que avisarle cuando se nos estaban acabando y nos traía más hojas de su casa, en una bolsita de papel. Y nos cobraba por cada ración.

Al principio era divertido, mi hermana y yo mirábamos comer a los gusanos, chiquitos, de un blanco sucio, más bien simpáticos. Mi madre satisfacía su vocación didáctica informándonos cada tanto de lo que veríamos en el futuro: que el capullo, que la larva, que la mariposa. A nosotras nos gustaba tocarlos, ponerlos encima de las hojas que proveía mi compañera, ponerlos uno frente al otro a ver si se peleaban, ver cuál de ellos se arrastraba más rápido.

Luego vino el pánico. Yvonne se engripó, faltó al colegio unos cuantos días, y se nos acabó la provisión de hojas. Tienen que ser hojas de morera, nos había dicho, sobre todo no darles lechuga. De pronto recordé que en una vereda a pocas cuadras de casa había un árbol de frutas rojas que quizás fuera una morera. Una vez, camino al colegio, me había caído encima una de esas frutas, excesivamente madura, manchándome el uniforme. ¿Pero sería una morera? Nos montamos en las bicicletas y fuimos a ver, parecía que sí, las abundantes hojas, aún verdes, parecían confirmarlo como, más tarde, el paladar de nuestros gusanos. Nos dimos de baja del encargo semanal a Yvonne diciéndole que una tía nuestra tenía una morera y no preguntó más. Creo que pensó que los habíamos matado.

Abrevio: los gusanos armaron sus capullos, lentamente envolviéndose en ellos, como quien se amortaja, los capullos eran de colores diversos, amarillos, rosados; las mariposas que emergieron, en cambio, de un gris lechoso y aburrido. Supongo que las habremos puesto afuera para que volaran.

Francamente no recuerdo nada después de los capullos rotos.

Pedacitos

De chicas, durante los viajes de vacaciones que siempre nos parecían interminables, mi hermana y yo contábamos animales. Por lo pronto los vivos: las lechuzas asentadas en los postes de los campos, los carpinchos, y de noche las vizcachas que, encandiladas por las luces del auto se detenían en medio de la carretera, obligando a mi padre a bajar los faros y a detenerse a la vera del camino para que se fueran. Pero también contábamos los animales muertos: los atropellados en la carretera, puro pellejo, tripas y sangre, como un guiso asqueroso en medio del asfalto. No sé quién llevaba la cuenta, si mi hermana o yo; ganaba la que veía la mayor cantidad, ya vivos, ya muertos.

Vocación

De chica estaba convencida de que quería estudiar medicina, y ya adolescente precisé más aún la vocación: sería cirujana. Me fascinaba la idea de poder abrir un cuerpo y mirarlo por dentro, no en una lámina como en los libros sino en la pura realidad. Preveía un mundo secreto cuyo desorden, provisorio, me tocaría arreglar. Fue así como, en clase de biología, cuando llegó el momento de disecar un animal para observar el funcionamiento de todos sus órganos, me ofrecí de inmediato ante las miradas medio celosas, medio asqueadas, de mis compañeras.

Se trataba de disecar una rana, pequeña y muy verde. No sé quién la había llevado, no creo que fuera la profesora, acaso una compañera que se había hartado de tenerla como mascota. Mientras una chica, la que la había traído, la tenía aprisionada en sus manos, otra, que hacía de anestesióloga, la inyectó con cloroformo. Luego me tocó a mí: la coloqué boca arriba y munida de un pequeño bisturí suministrado por alguien apoyé fuerte sobre la piel blanquecina y tracé un tajo vertical, luego dos más horizontales usando unas pinzas, descorrí los pedazos de piel, como ventanitas, para poner al descubierto el interior de la rana. A esto siguió una clase en vivo por parte de la profesora, quien nos mostró cuidadosamente el funcionamiento de los órganos, el corazón que palpitaba rítmicamente, los pulmoncitos que se inflaban y

luego se vaciaban.

Sonó la campana del recreo y se dio por terminada la clase. Las alumnas salieron al patio, también la profesora, que me felicitó por el éxito del procedimiento, y yo me quedé sola con la ranita abierta, sin saber qué hacer. Para mis compañeras y para la profesora la clase –es decir la ranita– había terminado. Pero el corazón seguía latiendo, los pulmones seguían respirando. Pensé: cuando se despierte va a sentir un dolor horrible. Pensé: tengo que hacer algo antes de que despierte. Me saqué el distintivo del colegio que llevaba prendido al uniforme y, tratando de no pensar en lo que estaba haciendo, le clavé el alfiler en el corazón.

La envolví en la toallita sobre la que la habían colocado y salí al patio, pero ya había sonado el timbre y mis compañeras volvían a la clase. Salí rápido con la ranita, la coloqué al pie de la Santa Rita que trepaba por la pared del edificio y la cubrí con un montón de hojas muertas.

Luego yo también entré.

Los adioses

Conocimos primero a la madre, una majestuosa gata gris que un día apareció en el patio. No sé si tenía domicilio fijo: empezó a venir una vez por día a buscar comida y se la dimos. Era arrogante, caminaba con la cabeza erguida como Maria Callas cuando entraba en escena, la llamamos Norma. El hijo vino después, también muy fino, atigrado y muy chiquito, seguía a la madre de cerca. Hasta que un día apareció solo, y también al día siguiente. Lo recogimos. ¿Qué nombre ponerle al hijo abandonado por la casta diva? Decidimos distanciarnos del bel canto y le pusimos Mickey, no por el ratón sino por un amigo de infancia de Emily cuya madre se llamaba Norma.

Siempre fue un gato desconfiado, distante. No se acercaba a los otros, ni a los felinos ni a los humanos, y no se dejaba tocar. Hasta que un día adoptamos a una perra, Lola, y por alguna razón él la reconoció como madre. La altiva sacerdotisa se transformó en la *fesche Lola* de Brecht.

Dormían juntos en un sillón, entrelazados. Si algún otro gato se acercaba, Lola gruñía y el intruso se alejaba. Cuando a Mickey le hicieron una operación algo seria y tuvo que estar aislado durante una semana, Lola se aposentó junto a la jaula donde convalecía, protegiéndolo. Intentaba lamerlo a través de los barrotes. Cuando él salió retomaron su puesto juntos en el sillón.

El idilio duró dos años, hasta que murió Lola. El gato la buscó por toda la casa, luego, en señal de protesta, empezó a mear donde no correspondía –sobre mi escritorio, por ejemplo– y a no comer. Al mismo tiempo, insólitamente, empezó a pedir caricias humanas. Algo andaba mal.

Lo supimos cuando consultamos al veterinario: le fallaban los riñones. Abrevio: no respondió al tratamiento y hubo que sacrificarlo. No me olvido de la última noche antes de llevarlo a la clínica. Se instaló en la cama junto a mí, empezó a revolcarse como quien pide cariño, como lo hacía con Lola. Se dejó mimar y pude acariciarlo como nunca lo había hecho. Pensé: se está despidiendo.

Al día siguiente fuimos a la clínica. Al volver lo enterramos junto a Lola.

Todo esto en plena pandemia.

Animales en tiempos de pandemia

Los animales saben. Doy vueltas por la casa buscando distraerme o, mejor, traerme de nuevo hacia mí, porque me siento dislocada. Uno que otro gato me sigue, curioso y desconcertado, porque no es mi recorrido habitual. En cambio otros, desconfiados, me esquivan por la misma razón. Me siento a leer y uno de ellos se me sienta en la falda, impidiéndome ver el libro. Lo aparto suavemente, se me vuelve a instalar. Lo aparto de nuevo, esta vez no tan suavemente, y vuelve. Harta, me levanto, total no me puedo concentrar, te dejo el sillón, bobo.

Doy vueltas. Me lavo las manos.

Aparece la perra, pide salir, pienso que me hará bien estar afuera y le pongo el collar. Es un día luminoso, el cielo azul intenso, la temperatura perfecta, igual que los días que siguieron al ataque de las Torres Gemelas, algo irreal. Nos largamos a andar por la desierta: es puro campo, nunca hay muchos caminantes pero siempre hay por lo menos uno, por eso hoy que hace buen tiempo el vacío se nota tanto más. La perra tira, como siempre curiosa. Va de un lado para otro, no se detiene a hacer pis, que es la razón por la cual salimos, y cuando por fin se hinca como para mear ve un conejo y tira para otro lado. Me impaciento, la reto, le digo que no se distraiga, mirá quién habla, parece decirme. Después pienso que no importa que no mee, no fue esa la razón del paseo,

salimos porque estábamos aburridas las dos y no queríamos pensar.

Volvemos. Me pide un hueso. Se lo doy aunque no haya hecho nada. Me lavo de nuevo las manos meticulosamente, como si mi vida dependiera de ello, y acaso así sea. De nuevo me siento a leer pero no puedo. Se me sube otro gato a la falda. Dejo el libro y lo acaricio. Ronronea y esta vez me entrego.

¿Ocurrirá lo mismo con la mente?

No han pasado dos horas pero me siento un poco mejor. Quizás pueda escribir algo.

O salir a dar otra vuelta con la perra.

Guarda nocturno

Por ahora no duermo en mi cama. Apenas visito –es el verbo apropiado– el dormitorio. La pandemia, la enfermedad, la sensación de que estoy viviendo tiempos raros me hace buscar otros lugares donde descansar. Inauguro aposentos. La galería, lugar de paso al que da la cocina y espacio intermedio entre la casa y el afuera, se ha vuelto ahora lugar estable; el sillón en el que solía leer por las tardes y desde el cual veía ese afuera como quien mira un film, es ahora lugar de trabajo y, llegada la noche, dormitorio. Lo lateral, durante la pandemia, puede volverse central. Es vivienda.

Pero no se trata de mí, o solo de mí. El sillón de la galería en el que antes una de nosotras a veces leía el diario, ahora es mío, lugar de convalecencia. Y además se ha vuelto refugio animal.

Me explico. De noche este sillón, con la extensión usada para elevar las piernas y el respaldo echado hacia atrás, se vuelve lecho. Me recuesto, apago la luz, si es noche de luna puedo ver afuera, es como disponerse a dormir en un avión, el que no puedo tomar para ir a Buenos Aires porque estoy enferma, el que no podría tomar si no lo estuviera porque estamos en plena pandemia. Y mi falda, que era antes lugar de tránsito para uno que otro felino, pasa a ser lugar codiciado. No bien apago la luz se produce un gato que se trepa encima y se acomoda con toda naturalidad. No es

cualquier gato. Es invariablemente el chúcaro que durante años evitó a todo ser humano y que ahora se instala sobre mí, ya a lo largo de mis piernas, mirando para adelante, cual esfinge nocturna, ya en mi pecho, mirándome fijo. Sé que me mira porque una vez cuando prendí la luz me sorprendieron sus ojos, su mirada torva, casi encima de mi cara, como si me vieran por primera vez.

Es chúcaro, ya lo dije. Nunca se me ha acercado a pedirme nada, más bien se mantiene al borde. Evidentemente las cosas han cambiado: para él también.

Los gatos que perdimos en el fuego

Una noche, hace varios años, fuimos a comer a casa de una amiga. Nos invitó temprano, creo que porque no quería perderse una serie de televisión y no se atrevía a confesar esa afición, pero quizás soy malpensada. Partimos, diciéndonos que no importaba, que así volveríamos a casa más temprano y aprovecharíamos el resto de la noche, no se sabe bien para qué. Y así fue. Volvimos a las nueve y media, entramos, vimos y olimos algo: el horno estaba en llamas. Pasaríamos la noche luchando contra el fuego.

Lo primero que hicieron los bomberos fue abrir las puertas, luego las ventanas. Lo primero que hicieron los gatos, o por lo menos varios de ellos, fue salir. No todos; los más apáticos se fueron al segundo piso como si tal cosa. Pero los osados, o los que creían serlo, dispararon para afuera. Nosotras también, no por osadas sino por angustia y por el humo: no se podía respirar. Los gatos habían desaparecido.

Pasaron horas, vinieron más bomberos, por fin apagaron el fuego pero no el humo que quedaría como suspendido en el aire durante varios días. Cómo, quisimos saber, pudo pasar esto, si hay que hacer girar la llave para encender la hornalla.

Nos contestaron que no era la primera vez que habían visto algo así, que se trataba –dijeron muy serios y así lo anotaron en el certificado que nos hicieron firmar para presentar al seguro– un caso de autocombustión provocada por el sujeto,

como si se tratara de una hornalla suicida.

Los gatos que se habían quedado en la casa empezaron a bajar con gran cautela, olisqueando el humo. A los que estaban afuera –eran cuatro– hubo que llamarlos, tentarlos con comida, abrirles la puerta y, en cuanto asomaban el cuerpo para adentro, darles un certero empujón. Dos entraron; los otros dos no, no hubo manera. A la semana logramos atrapar a uno. La otra, gata atigrada que a pesar de llamarse Sissy era más valiente que todos los demás, eligió quedarse afuera.

Todavía la vemos, años después, corriendo por el jardín. Solo se acerca cuando le damos de comer o cuando algún gato intruso amenaza robarle los bizcochitos que han quedado en su plato. De vez en cuando se trepa a una enredadera, sube al techo de la cocina, se instala junto a la chimenea a tomar sol y nos mira desafiante.

Después desaparece.

Hoy la volví a ver, se había trepado a la parte más alta del techo de la casa, como si fuera una veleta: divina, de perfil. En momentos de pandemia no hay como un gato meciéndose en el viento para que una se sienta un poco mejor.

Fugaz compañero

La complicada relación de mi madre con los animales se limitaba por lo general a especies que no eran, habitualmente, mascota: pongamos algún bípedo inferior en la escala zoológica que se le cruzaba en el camino. Al morir mi primer perro yo misma –coincidiendo sorprendentemente con mi madre– no quise tener, por el momento, otro perro aunque no me cerré a otras posibilidades. Pasaron meses, mientras seguía pensando, cuando por alguna razón se me cruzaron patos por la cabeza. Me gustaba su torpeza, su modo de caminar con dificultad, bamboleándose, inseguros en su andar como yo con mis flamantes tacos altos. No le dije nada a mi madre. Una tarde, al salir de la facultad de la calle Perú, me encaminé resueltamente hacia una veterinaria en la calle Bartolomé Mitre cuyo nombre no recuerdo. Compré un patito que tendría tres, cuatro semanas de vida. No me atreví a comprar dos, aunque me lo recomendaban por aquello de que a nadie le gusta estar solo. Volví a Olivos en el tren, con una cajita a mis pies de donde surgían graznidos e insólitos borboteos. La gente me miraba.

La historia, por trivial, no termina allí. Mi madre, una de las personas menos demostrativas que he conocido, se enamoró del pato. Confinado a la cocina, el pato hacía sus necesidades tranquilamente por todo el piso. Mi madre encontró la solución inmediata: le confeccionó un par de

bombachas coloradas para evitar los desastres. Luego se acostumbró a sacar al pato afuera, quitarle las bombachas, y dejarlo pasear por el jardín mientras ella se ocupaba de sus plantas. Cuando era hora de entrar lo llamaba –Patí–, volvía a ponerle las bombachas y lo colocaba en un bolsillo de su delantal de jardinería.

Que mi madre, una mujer tan atenta a las reglas de conducta, tan atenta al qué dirán, en una palabra, tan esnob y tan poco cursi, se hubiera enamorado de un pato me divertía y me daba vergüenza. Me desentendí del asunto. Mi padre se ocupó de construirle una vivienda más estable al fondo del jardín y mi madre le llevaba comida. Cuando el pato la veía cruzar el jardín en su dirección con algo en la mano graznaba de placer y se abalanzaba.

Me fui de casa a vivir sola y por unos años no pensé en animales, a menos que fueran literarios. Supe más tarde que una amiga de mi madre que tenía una pequeña granja en Escobar se había ofrecido a adoptar al pato, que había resultado ser pata y buscaba pareja. Mi madre la dejó ir.

Como a mí.

Para ser uno tiene que haber otro

Me sorprende lo mucho que tardé en asumir mi necesidad de vivir con animales. Acaso la reticencia materna al contacto con lo otro, acaso mi propia inseguridad, me hayan marcado. Había tenido un perro pero se había muerto; había tenido brevemente un pato pero la prefirió a mi madre. Había criado gusanos de seda y me había maravillado verlos tejer sus capullos, pero no pudimos establecer una relación.

Al irme a vivir sola no se me pasó por la cabeza buscar un perro, un gato, un pájaro para hacerme compañía. Por primera vez quería ser yo, sola, y vivir mi vida sin tener que compartirla con padres, con hermana, con animales. Me llevó mucho tiempo, y el paso por dos países que no eran el mío, para darme cuenta de que para ser uno mismo es siempre mejor estar con otro, sobre todo si el otro pertenece a una especie distinta, es decir, si es totalmente no uno. Al año y medio de haberme ido alguien tocó el timbre de mi casa y me preguntó si quería adoptar a una gata. Era la vecina de abajo, había encontrado una gatita abandonada junto a los tachos de basura.

El resto es historia.

Coincidencia

Comparto mi cumpleaños con Ingrid Bergman: ese descubrimiento –me gustaría decir de mi adolescencia, pero confieso que ocurrió mucho después– me llenó de placer, yo que la amaba desde que la vi por primera vez en *Cuéntame tu vida*, que luego descubrí se llamaba en inglés *Spel/bound*, como corresponde a un film dirigido por Hitchcock. Pero para mí el título será siempre en castellano y, más aún, será en el cine York de Olivos, provincia de Buenos Aires, donde cuajaban mis amores cinematográficos.

Pero divago. Una vez le oí contar a Isabella Rossellini que su madre amaba a los animales. Uno de sus perros, caprichoso, se empeñaba en mear contra una de las cortinas de la sala. Ingrid tomó el acontecimiento con toda naturalidad: en lugar de prohibirle la entrada para siempre o deshacerse del perro, cortó la cortina con un par de tijeras para que el perro no la alcanzara y no sucumbiera a la tentación por más que levantara la pata. Aparentemente la solución fue eficaz si bien arruinó la cortina.

Así que con Ingrid no solo comparto el día en que nací.

PILLOWTALK

Tuve una gata que se llamaba Lulu, y que dormía todas las noches en mi almohada, bien en el centro, arriba de mi cabeza. Era minúscula, toda negra, y de vez en cuando me lamía el pelo, distraídamente. Acaso le gustaban mis canas. Otras veces me empujaba la cabeza levemente con la suya, como para que me apartara y le dejara más lugar. No fueron las noches más fáciles de mi vida, confieso, pero me adapté. Hasta surgió un inconveniente: otra de las gatas, como quien quiere hacer valer su antigüedad, circulaba alrededor de la cama y cuando veía que Lulu abandonaba su puesto, brincaba sobre la almohada para desplazarla. Esto daba lugar a peleas, maullidos e interminables recriminaciones de mi compañera de cama. Y, desde luego, noches insomnes.

Hasta que un día Lulu amaneció desganada y al día siguiente murió. Sobre mi almohada. La enterramos al fondo del jardín, rápido, porque anunciaban una nevada. Cuando entré subí al dormitorio, triste, agotada, queriendo olvidarme de todo. Mi almohada ya estaba ocupada: bien en el centro, mirándome desfachatada, estaba Sofía. Pensé en un libro supuestamente para chicos, como todos los de la Condesa de Ségur, titulado *Les malheurs de Sophie*, y mentalmente pensé que esta Sofía había encontrado no la desdicha sino la pura dicha. Bajé, me senté en el primer sillón que encontré, y me quedé dormida.

Sofía siguió durmiendo sobre mi almohada hasta que murió a su vez. Varios años después.

Casa tomada

Hacía poco que habíamos comprado la casa de Long Island y todavía nos estábamos acostumbrando a sus espacios, sus ruidos, sus olores, sus manías. (Para dar tan solo un ejemplo: por más que habíamos cambiado la cerradura dos veces, la puerta del frente, con gesto hospitalario, se negaba a cerrar con llave). La casa se empeñaba en sorprendernos a diario pese a nuestros esfuerzos de rejuvenecerla: esa misma tarde, al arrancar los pedazos de enyesado que ya apenas recubrían el interior de un armario, había descubierto mechones de pelo, de un pelo grueso, apelmazado, rojizo, entre las vigas de madera que sostenían la pared. Pensé en *El barril de amontillado*, pensé que la casa estaba embrujada y nos rondaba un pelirrojo, llamé a un vecino con el que apenas había hablado para pedirle consejo. Me dijo que en otras épocas solían usar crin de caballo a manera de aislante, que no me preocupara. Con gran alivio acepté la explicación, contenta por otra parte de haber descubierto una reliquia histórica.

Las sorpresas no terminaron allí. Otro día encontramos en el piso de tierra del sótano, que intentábamos nivelar, el cartucho de una bala de bronce que, luego averiguamos, tenía por lo menos dos siglos y sin duda había sido disparada durante la guerra de la independencia. Días después nos sorprendió un faisán a metros de la casa. Otro día aterrizó en

el patio un pavo salvaje. No paraban las sorpresas.

El descubrimiento que siguió fue el más extraño. Una madrugada me desperté súbitamente creyendo haber oído un ruido, aunque una vez despierta solo había silencio. Bajé para ver si todo estaba en orden, no prendí la luz porque ya casi era de día. Al pie de la escalera me detuvo una escena insólita: cuatro gatos formaban una rueda alrededor de algo que estaba inmóvil en el centro y que al principio no supe reconocer. Solo cuando se irguió y lanzó un silbido amenazador comprendí que se trataba de una víbora, aterrada ante el imprevisto sitio felino. A pocos pasos estaba Geiger, no menos aterrada y muda. No hablamos. Le hice señas de que no se moviera y me deslicé hasta la cocina, en silencio abrí un cajón y saqué un par de cubiertos de ensalada con los cuales, muy cuidadosamente, atrapé a la víbora y apretando fuerte salí al jardín, caminé hasta el fondo y la largué en el césped.

Pero si todo el mundo nos ha dicho que en Long Island no hay víboras, protestó Geiger. Tampoco nos dijeron que detrás del yeso de las paredes hay crin de caballo ni que por el campo se pasean faisanes y pavos salvajes, dije yo. Acaso, como los cartuchos encontrados en el sótano, fueran todos restos de una guerra, también reliquias. Por cierto, no volvimos a recibir visitas del reino animal durante un tiempo. Acaso los gatos las hayan espantado.

Cada vez que preparo una ensalada me acuerdo de la víbora. Pero ya no tengo aquellos cubiertos, total con una cuchara y un tenedor una se arregla.

Corralón

Ya sé que no se trata de un corralón pero me gusta la palabra, evoca vagos recuerdos de campo argentino, y en tiempos de pandemia es como un consuelo. En fin, que en ese "corralón" están nuestras gallinas y nuestros patos, dos caprichos de Geiger a los que me entregué con disimulado disgusto. Primero fueron tres gallinas adultas, andaban siempre pegadas la una a la otra, cacareando y comiendo maíz. Lo pasaban bien, parecían esas señoras jubiladas que se van a vivir a Miami, se mojan solo los pies en el mar y se pasan el día chismeando y jugando a la canasta. Las llamamos Pearly, Ruby y Goldie.

Durante un tiempo fueron las únicas, lo cual llevó a Geiger, que de chica había vivido en una granja, a darme instrucciones básicas de avicultura. No eran pichonas y a los pocos meses murieron dos. Hubo que adquirir otras, no se podía condenar a la sobreviviente a una vida monjil. Les pusimos nombres o sobrenombres de mujeres de presidentes muertos *urbi et orbe*: Eleonor, Jackie, Ladybird, Imelda (esta última porque era mala) y desde luego Evita. Y además otra con la que rompimos con la regla y por alguna razón llamamos –o mejor dicho llamé, porque era como un nombre secreto– Curuzú Cuatiá.

Procuré rescatar lo que había aprendido de chica cuando en mi casa había un tero, luego un pato, pero no fue gran cosa.

Las gallinas ponían huevos sin cesar, los cocinábamos, los comíamos, los regalábamos, y siempre había de sobra. No llegamos a poner un puestito delante de la casa porque hubiera sido demasiado, *too much*. Terminamos dándoselos de comer a los mapaches que circulaban entrada la noche.

Abrevio: murieron algunas, llegó otra tanda, llena de energía, esta vez recibieron nombres de deportistas gay –Martina Navratilova, Renée Richards, Billie Jean King– porque ejemplarmente desafiaban lo binario. Dos murieron trágicamente, secuestradas por los zorros, apenas quedaron algunas plumas y pequeños regueros de sangre. Finalmente quedó solo una: la vieja Ladybird, por la mujer de Lyndon Johnson, que sigue con nosotros: gorda majestuosa, de un negro lustroso, camina balanceándose como una carabela en plena tormenta.

La cosa no para allí. Por casualidad llamaron un día del vivero local, ustedes siguen teniendo gallinas, preguntaron, y ante la respuesta afirmativa de Geiger le ofrecieron tres pollitas gratis, de una raza extraña proveniente de Polonia, alguien las había encargado y no pasó a retirarlas, si las quiere se las regalamos, si no las tenemos que sacrificar.

Minúsculas, apenas más grandes que una gaviota, negras y chillonas. En lugar de cresta tenían un pelucón rubio platinado con un flequillo que les caía sobre los ojos. Pensamos en Andy Warhol, cuyo apellido originalmente era Warhola. Y así las llamamos: las chicas de Warhola o, a veces, las Warholitas.

Gloria

Empecemos por el nombre: al principio le pusimos Gloria. Daba vueltas por el jardín, se instalaba en el patio al lado de una de nosotras, no cejaba en sus intentos de que la adoptáramos, cosa que por fin hicimos y entró en la casa. De ahí el Gloria: "Little Gloria, happy at last", como se había dicho de la niña heredera de los Vanderbilt. Quedó para siempre agradecida (esas cosas con los animales se saben), cuando todavía salía a corretear (luego se apoltronó) volvía siempre con algún regalito, los restos de un ratón, la oreja de un conejo. Minuciosamente lo depositaba a los pies de alguna de nosotras, era muy atenta, como decía Borges de aquella muerta que, según una amiga suya, había regresado en uno de sus sueños para despedirse. A veces esa atención llegaba al límite. Una tarde apareció un pájaro muerto en el corredor, y mientras yo lo recogía para llevarlo al jardín, entre asqueada y compungida, agradeciendo el regalo *pro forma*, emergió un segundo pájaro maltrecho de detrás de un sillón. Gloria había traído uno de repuesto.

De Gloria pasó a ser Glory. Cuando yo me recuperaba de aquel accidente en que me rompí la pierna, alguien me dijo que los gatos, o más precisamente el ronroneo de los gatos, ayudaba a soldar los huesos. Esa opinión, para nada científica pero no por ello necesariamente errónea, fue reafirmada por una amiga. Me pasé dos meses en el cuarto que daba al

jardín, sin poder caminar, con la pierna en alto, envarillada, y Glory en la falda. Leí mucho ese verano, no recuerdo demasiado bien qué. Leía, acariciaba a la gata que ronroneaba, aletargada, hasta que también me quedaba dormida. Rara vez soñaba, el accidente me había dejado la mente en blanco. Todavía no sueño, yo que armaba ficciones con mi deambular onírico, pero esa es otra historia que prefiero no contar.

Glory tenía el hábito de tragar saliva, como quien, disponiéndose a hablar en público, se aclara la garganta. Esto que parecía un tic gracioso se debía, descubrieron, a un tumor implacable. No había cura, sufría, hubo que sacrificarla. Tuve que irme varias veces del cuarto mientras el veterinario esperaba que surtiera efecto el sedante brutal que le administró primero para luego darle el barbitúrico que le pararía el corazón: el mismo procedimiento que se sigue, según parece, con los presos condenados a una muerte que no siempre es inmediata y puede ser dolorosa. Volví a entrar al cuarto cuando le dieron la segunda inyección: quería verla irse. Se fue como quien se va. Al ver el cuerpo muerto me dije que como todo cuerpo muerto parecía un trapo, que la gata me había ayudado a curarme y que yo no había podido retribuirle el favor.

Tina

Le pusimos Tina por Tina Turner, porque estábamos en una época de poner nombres de cantantes. A la gata negra que un día muy frío apareció en el umbral y entró cuando le abrieron la puerta, se subió a la mesa de la cocina y no se movió nunca más salvo para ir al baño, le habíamos puesto Miss Patti, por Patti Labelle, aunque le hubiera quedado mejor Nina Simone por lo gruñona. Tina quedó para siempre agradecida. No nos trajo retazos de animales muertos de regalo, pero sí dos crías con quienes compartía la comida que le poníamos en el patio. Ariscas como la madre, corrían en cuanto se las miraba, era imposible determinar el sexo. Hasta que conseguimos atraparlas, amansarlas y ponerles a su vez nombre. A la que tenía la voz ronca y apenas maullaba le pusimos Dora, como la paciente de Freud. A la otra le pusimos un nombre que solo tenía sentido para nosotras dos así que no lo cuento.

Tina nunca quiso entrar, pero desde afuera miraba por la ventana hacia adentro, la cara junto al vidrio, como Libertad Lamarque en esos films en que la madre impresentable mira el bienestar –la boda, pongamos– de la hija que adoptaron otros. ¿Existe tal film o lo he inventado?

TAPUJOS

A menudo pienso en un amigo mexicano amante de –acaso habría que decir adicto a– los gatos.

Ese amor o adicción nos unía, más allá de cualquier simpatía intelectual, más allá de cualquier gusto literario, más allá de cualquier posición política, más allá de la preferencia sexual. Yo me enojaba si alguien, al comentarle los problemas de salud de ese amigo común y el mal estado de sus pulmones, le echaba la culpa a sus gatos, opinión que cobró defensores después de su muerte, qué quieres, con el pelo que debía inhalar, las vías respiratorias se atascan, así terminó con fibrosis pulmonar.

Impaciente y altiva, yo contestaba que también había muerto de fibrosis pulmonar un pariente mío que nunca tuvo gatos, es una leyenda inventada por los fóbicos, decía yo, pero nunca lograba convencer a mis interlocutores, quienes, por lo general, no eran amantes de los gatos.

Recuerdo que cuando me encontraba con mi amigo en algún evento literario la primera pregunta que me hacía, con tono cómplice, torciendo levemente la cabeza y guiñándome un ojo, era invariablemente: ¿cuántos?, pregunta a la cual, entendiendo muy bien a qué se refería, yo contestaba con un número relativamente bajo y enteramente falso: pongamos seis. ¿Y vos?, le preguntaba a mi vez. Y él, sonriendo, me decía que tenía ocho. Los dos sabíamos que mentíamos y que

iríamos a la hoguera antes de revelar la verdadera cifra.

Los dos cedíamos también a la tentación del apodo cursi. De los suyos recuerdo *Miau Tse Tung*, *Catzinger*, *Miss Antropía*, *Rosa Luz Emburgo*, acaso alguno más de entre tantos. Algunos de los míos se llaman (o se llamaban) *Baba* (de Faucigny Lucinge por la princesa) o, en otras ocasiones, *Baba Ganouche* (por la especialidad de la cocina libanesa), *Kiki* (de Montparnasse), Booker (porque de chico se cayó detrás de una biblioteca y casi muere), *Big Sza Sza* y *Little Sza Sza* (en doble homenaje a la estrella del clan Gabor de Hollywood), Bella Lugosi (porque es bella y a la vez maligna como su tocayo rumano), Schneider (ya no me acuerdo por qué). Y otros nombres que callo.

Circulita

Conseguimos que entrara en la trampa que habíamos cebado la tarde anterior, en vísperas de una tormenta de invierno, de esas que los meteorólogos anuncian, con cierto placer, como una de las peores del año, tormentas que nos mandan corriendo al mercado a comprar víveres porque no sabemos cuánto va a durar la catástrofe. Las compras ya las habíamos hecho, nos disponíamos a comer y a esperar, cuando al atardecer vimos una vez más a la gata enclenque que rondaba el jardín buscando qué comer.

Pusimos una trampa con algo de comida bajo un árbol, la vimos acercarse con ese andar que le era típico: no avanzaba en línea recta sino en línea curva, como quien va trazando un laberinto de círculos que poco a poco, laboriosamente, le permiten llegar a la meta. Entró en la trampa y a través de las rejas pudimos ver de cerca lo que nunca hubiéramos sospechado. Era ciega de un ojo y apenas veía con el otro: lo suficiente para mirarnos fijamente, con odio.

La tormenta no llegó, a la gata la llevamos adentro y se instaló en la casa. Es decir: se instaló en una mesa a la que increíblemente llegó con un salto certero. Los demás gatos, la perra y nosotras la mirábamos asombrados. Ella como si tal cosa. Pusimos una toalla sobre la mesa; se arropó en ella y se quedó dormida.

Al día siguiente no la encontramos sobre la mesa, pero sí

instalada en un sofá. No diré que nos vio pero sin duda nos oyó entrar porque se bajó del sofá y con su andar circulatorio y zigzagueante se acercó a la mesa, pegó un salto ciego y aterrizó en su toalla. Y así durante varios días. Mirándola de cerca pude ver bien el ojo muerto, le daba un aire de pirata. Empezamos a llamarla Circulita. La mesa pasó a ser su dominio. La hacíamos a un lado cuando comíamos y en cuanto recogíamos el mantel volvía a instalarse. Nos mirábamos sin hablar, como quien dice menos mal que no nos ve nadie.

Pasó el invierno en casa y la llegó a conocer por dentro tan bien como la conocía por fuera. Con el mismo andar oscilante aunque no inseguro trazaba círculos, evitaba obstáculos y registraba los distintos ambientes. A veces tanteaba con la pata, como el ciego de manos precursoras de Borges, para ubicar un plato de comida o una cazuela de agua. Nunca la vi llevarse nada por delante.

Posdata a Circulita

De pronto, aprovechando una puerta mal cerrada, se escapó. Pasó meses afuera, soportó nevadas, corría en círculos por el jardín y no se dejaba atrapar. Un día la encontramos distraída bajo un árbol, su mente y el ojo que aún veía fijados en algo, quizás un ratón que estaba a punto de cazar. Me incliné y la tomé en los brazos. Se dejó llevar adentro y una vez en la cocina saltó sobre la mesa, como si nunca hubiera salido de la casa, y se echó a dormir. Durmió dos días. Luego volvió a su deambular por todos los rincones, con cautela.

Fue como si no se hubiera ido. Seguía caminando en círculos, se empeñaba en comer y dormir sobre la mesa, recobró las manías de siempre: cuando a uno de los otros gatos se le daba de comer en el suelo, saltaba de la mesa como un relámpago y guiada sin duda por el olor circulaba hasta dar con el plato del otro; perentoriamente, como duquesa que hace valer su rango, se lo apropiaba. Una vez vaciado el plato, volvía a su puesto sobre la mesa.

Pero algo había cambiado: ahora se dejaba acariciar. Se dejaba besar la cabeza. Creo que hasta llegué a oírle alguna vez, más allá del carraspeo de vieja, un levísimo ronroneo.

Por primera vez me pareció que estaba contenta. Por primera vez me pareció que me miraba.

Cumplir un deber

Una imagen que no me deja. Hace varios años, ya casi llegando a la casa, veo al borde del camino un mapache herido, acaso porque lo atropelló un auto cuando cruzaba la carretera, acaso porque uno de esos cazadores que ronda la zona con la excusa de que está eliminando animales posiblemente dañinos le pegó un no tan certero tiro en el estómago. El animal se desangra, llamo a la comisaría del pueblo y me dicen que mandarán a alguien. Sigo camino.

Desde el portón de mi casa acecho, no quiero que me vean. Al rato llega un patrullero, baja de él un policía que se acerca al animal. Lo mira. Vuelve al automóvil. Se acerca de nuevo y una vez más se aleja. Con la cabeza gacha se apoya en el costado del auto y comienza a pegar puñetazos, cada vez más fuertes y desesperados, contra el metal. Y se queda quieto.

Luego vuelve junto al mapache, saca la pistola del cinto y le pega un tiro. Y se va.

Antisaturno

Me enteré por teléfono, estaba fuera del país, no recuerdo por qué razón, uno de esos viajes que, en la distancia, se confunden con tantos otros. La voz que me hablaba todavía acusaba la extrañeza, como quien cuenta algo sin saber del todo si hizo mal o bien. Me contaba cómo, de camino al pueblo, a la hora del crepúsculo, por una de esas rutas secundarias habitualmente desiertas, había creído ver al borde del camino algo que se movía, un animal chico, no sabía bien qué, pensó que la habían engañado los ojos, con la mala luz y todo, pero por las dudas dio media vuelta y desanduvo camino. Y entonces, me dijo, encontré un gato muerto, una hembra ya medio descompuesta, con el vientre abierto. Pero no había sido eso lo que había visto moverse, sino unos gatitos que espiaban desde detrás de una mata, asustados. Para tranquilizarlos volví al auto y vi cómo salían despacito y se acercaban al cadáver, eran cuatro, escuálidos, de apenas unas semanas, y me di cuenta de que se estaban comiendo a la madre muerta. Al oír el relato pensé que era como el viejo Vizcacha, comido por sus perros, pero no dije nada porque hubiera sido largo de explicar y no venía al caso.

También me contó cómo había vuelto a su casa a buscar una trampa y los había agarrado, bueno, solo había atrapado a tres porque cuando volvió se encontró con uno muerto, había intentado cruzar la ruta y lo había aplastado un auto,

sin duda como a la madre. A ese todavía no se lo habían comido.

Los adoptaron. Sin esfuerzo, abandonaran el canibalismo. Les gustaban, sobre todo, las galletitas secas.

Convivencia

He dicho, sí, que era perversa. No le gustaban los otros animales y cuando tuvo crías –tres gatitos escuálidos– los miraba como si no fueran suyos. No los conocía, no quería conocerlos, era todo culpa mía y me lo hacía saber.

Menos quería conocer a animales de otra especie. Cuando con Geiger decidimos vivir juntas, cada una aportó su animal al nuevo hogar. Recuerdo la tarde que entró Charlie al departamento. Era un perro de agua portugués, elegante, obediente, con sentido del humor. Olió la presencia de otro ser y se paralizó, desconfiando del nuevo espacio y sobre todo del ser desconocido que se le acercaba deliberadamente inspirándole justificado temor. La gata se puso junto a él, lo olisqueó prolijamente por todos lados y luego, mientras Charlie seguía de pie, petrificado, se instaló debajo de él como si el perro fuera una carpa. Finalmente salió de entre sus patas traseras y le pasó la cola, como al descuido, por los testículos. Le había mostrado quién era quién.

Convivieron. Cada uno practicaba su estilo. Titoga altanera, difícil de complacer. Charlie siempre lindo y bien educado, salvo el día que los dejamos a los dos solos y Charlie se comió (¿de rabia?) medio volumen de las memorias de Lucio Mansilla.

Pero esa es otra historia.

RÉQUIEM

Hace años, en Venecia, quise visitar el palacio Venier dei Leoni, casa de Peggy Guggenheim. Quería ver el museo, por supuesto, con sus deslumbrantes Man Ray, pero sobre todo quería ver el cementerio de sus queridos perros, enterrados en el jardín junto a ella: *Here rests Peggy Guggenheim (1898-1979)* reza una lápida y justo al lado, otra: *Here lie my beloved babies: Cappucino, Madam Butterfly, Foglia, Sir Herbert, Hong Kong*, para nombrar solo algunos. Pensé en mi amigo Carlos, cuyos gatos tenían nombres no menos vistos, y me dio envidia. Pensé en el orden de las muertes que indicaban aquellas dos lápidas, en las disposiciones que habría dejado Peggy para su propio entierro: no dice "quiero que mis perros sean enterrados a mi lado", sino "quiero ser enterrada al lado de mis perros". Los perros la habían precedido; ahora quería ir a juntarse con ellos.

Nuestros animales muertos están enterrados al fondo de la casa de Long lsland debajo de un olmo, con piedras recogidas en la playa a manera de lápidas. Es decir, los primeros. Cuando empezó a morir la segunda generación ya el primer cementerio estaba lleno, fue necesario iniciar el segundo debajo de otro olmo. Algún día empezaremos el tercero. Por suerte hay más olmos.

Huelga decir que no dejaremos instrucciones para que entierren nuestras cenizas en ninguno de ellos, sería

complicado explicar dónde están ya que la maleza lo ha invadido todo.

Pero igual estaremos con ellos.

Sylvia Molloy

Nació en Buenos Aires y falleció en Nueva York, Estados Unidos, en 2022. Además de los ensayos *Las letras de Borges* (1979), *Acto de presencia* (1996) y *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad* (2012, Eterna Cadencia), publicó las novelas *En breve cárcel* (1981) y *El común olvido* (2002; 2011) y los libros de relatos *Varia imaginación* (2003, 2022), *Desarticulaciones* (2010) y *Vivir entre lenguas* (2016), los últimos cuatro publicados por Eterna Cadencia. Fue coeditora de los libros *Women's Writing in Latin America* (1991) e *Hispanism and Homosexualities* (1998). Fue Albert Schweitzer Professor in the Humanities Emérita de la Universidad de Nueva York, donde fundó el programa de escritura creativa en español.

Molloy, Sylvia
Animalia / Sylvia Molloy. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eterna Cadencia Editora, 2022.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-712-287-9

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Contemporánea. I. Título.
CDD A863

© 2022, Sylvia Molloy
© 2022, Eterna Cadencia S.R.L.
Primera edición: noviembre de 2022
Primera edición digital: diciembre de 2022

Publicado por Eterna Cadencia Editora
Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires
editorial@eternacadencia.com
www.eternacadencia.com
www.facebook.com/eterna.cadenciaii
twitter.com/eternacadencia

ISBN 978-987-712-287-9

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.

ETERNA CADENCIA EDITORA

Dirección editorial Leonora Djament
Edición y coordinación Virginia Ruano
Prensa y comunicación Yanina Catellani
Asistente de edición Eleonora Centelles
Asistente comercial Inés Capurro
Diseño de colección y de cubierta Cali Hernández y Vero Lara
Administración Marina Schiaffino
Conversión a formato digital Libresque

Índice

Cubierta
Sobre este libro
Portada
Dedicatoria
Terú, terú
Orden en el mundo animal
Transacciones
Pedacitos
Vocación
Los adioses
Animales en tiempos de pandemia
Guarda nocturno
Los gatos que perdimos en el fuego
Fugaz compañero
Para ser uno tiene que haber otro
Coincidencia
Pillowtalk
Casa tomada
Corralón
Gloria
Tina
Tapujos
Circulita
Posdata a Circulita
Cumplir un deber
Antisaturno
Convivencia

Réquiem
Sobre la autora
Página de legales
Créditos